

El fin del petróleo barato

ROBERTO CENTENO *

Desde principios de año, los precios de petróleo han subido un 47%, llegando en algún momento —finales de octubre— a niveles aun mayores, lo que empezaba a constituir una amenaza seria para la continuidad del crecimiento económico. Las razones de esta subida son de dos tipos, unas estructurales y otras especulativas. Las segundas tuvieron su máxima expresión en las semanas que precedieron a las elecciones norteamericanas como consecuencia de la brutal especulación realizada por Soros y otros grandes multimillonarios, que presionaron al alza en los mercados de opciones y futuros, al objeto de crear el máximo de incertidumbre económica para impedir la reelección de George Bush, lo que añadió un plus de entre 10 y 15 \$/barril al precio que hubiera resultado del simple equilibrio entre la oferta y la demanda físicas.

Con independencia de la calificación de estas conductas destinadas a torcer la voluntad popular, lo cierto es que terminadas las elecciones este efecto ha desaparecido y, en consecuencia, el

* Catedrático de Economía de la UPM.

crudo ha vuelto a niveles en el entorno de los 45\$, siendo ahora los problemas estructurales los responsables de este nivel, problema que no es otro que la falta de capacidad de reserva en la industria petrolera, tanto en capacidad de producción como en capacidad de refino. Esta industria poseía un margen entre la capacidad de producción y la demanda de más de un 30% a mediados de los años 80, margen que se reduciría a un 8% en el año 2000 y a poco más de un 1% en el momento actual. El gran problema se ha producido por el fortísimo crecimiento de la demanda en el año actual que será del 3,2% y equivalente al crecimiento total entre los años 1998 y 2002. El mayor factor ha sido China, el segundo importador mundial cuya demanda está creciendo a un ritmo de un 20% anual, con una cifra absoluta de 830.000 barriles/día, seguida de Estados Unidos que añadirá 800.000 barriles/día a la demanda total.

La producción petrolera mundial es hoy de 82,2 millones de barriles/día y el problema es que se considera muy difícil que ésta pueda superar los 100 millones de barriles/día, sólo un 20% por encima del actual, y muy por debajo de las previsiones de la demanda, pero incluso ese nivel de producción no sería sostenible más que durante unos pocos años, y esto plantea un serio problema ya que el petróleo es la energía más flexible, y que va a continuar siendo la fuente energética esencial en un futuro previsible. En realidad, desde los años 70, hemos consumido mucho más petróleo del que se ha descubierto. El mayor problema es la resistencia de los grandes países de la OPEP a desarrollar sus enormes reservas de petróleo, tanto que en los últimos 25 años, su capacidad de producción se ha reducido de 34 millones de barriles/día en 1979 a menos de 28 millones a día de hoy.

Por otro lado, las compañías petroleras han reducido sus inversiones en exploración-producción por una razón económica clara: la posibilidad de encontrar grandes yacimientos fuera de la OPEP y Rusia son muy escasas, pues la mayor parte de los campos petrolíferos ya han sido probablemente encontrados, y la única oportunidad de realizar grandes inversiones sólo existe en países como Arabia Saudí, Irak, Libia, Rusia y algunas de sus ex-repúblicas, donde de momento el tema no es políticamente posible. La teoría económica elemental explica que cuando el precio de un bien se incrementa, los productores invierten más en la producción de este bien, y en consecuencia la oferta acaba incrementándose, lo cual supone la existencia de un mecanismo autocorrector que limita la duración del periodo de precios altos. Y fue precisamente este proceso el principal responsable de la finalización de la crisis del petróleo de los años 70.

Sin embargo, la teoría financiera moderna ha introducido una nueva variante de este mecanismo. Las estrategias financieras de las grandes compañías petroleras internacionales, basadas en conceptos tales como el modelo formación/valoración de los precios de los activos de capital y sus variantes, argumentan que si los rendimientos de las inversiones de una empresa no pueden superar los del mercado, los fondos han de ser devueltos a los accionistas, y esto es precisamente lo que ha venido ocurriendo durante los últimos años. Esto ha llevado a varias compañías, en particular Exxon Mobil y BP, la primera y segunda empresas mundiales, a reintegrar este año más de 12.000 millones de dólares a sus accionistas en lugar de incrementar sus presupuestos de exploración.

Esto es fundamental, ya que según cálculos de la Agencia Internacional de la Energía, realizados el pasado mes de abril, la industria petrolera necesita invertir anualmente unos 80.000 millones

de dólares en exploración-producción para poder cubrir las expectativas de la demanda, y esto no está sucediendo como hemos visto en el caso de Exxon y BP. Además, este desvío de fondos se está acelerando, lo que puede llevar a una escasez de petróleo no por razón de agotamiento de reservas, sino por el funcionamiento de los mercados financieros a corto plazo. Todo esto hace que el margen entre oferta y demanda sea tan estrecho, que cualquier acontecimiento imprevisto por pequeño que sea, un invierno demasiado frío por ejemplo, puede volver a elevar los precios a niveles de 50\$, y desde luego parece obvio que el precio mínimo difícilmente bajará de los 35\$.

Adicionalmente a la falta de capacidad de producción se añade hoy la falta de capacidad de refino para atender la demanda, de hecho, el mayor cuello de botella a día de hoy está más en el refino que en la capacidad de crudo. Me explicaré: los movimientos de los precios del petróleo no son función de la oferta y demanda directa del mismo, sino de la oferta y demanda de "stock" de productos, es decir, los precios suben y bajan en función del volumen de existencias de crudo. Me explicaré: los movimientos de precios del petróleo al alza y a la baja son función no de la oferta y demanda de flujos, sino de la oferta y demanda de "stock" de productos terminados. Pero ocurre que, debido a las restricciones medioambientales, hay pocas refinerías capaces de producirlos a no ser que utilicen crudos muy ligeros, como el West Texas o el Brent, lo cual lleva a una enorme demanda de crudos ligeros que el mercado no puede suministrar, mientras sobran crudos pesados. Así, por ejemplo, un crudo muy pesado empleado en España, el Maya, cuya diferencia de precios con el Brent era de 4 o 5\$, ha llegado a valer hasta 15\$ menos.

En definitiva, a la crisis de falta de capacidad de producción se une otra crisis de falta de capacidad de refino, que está añadiendo entre 6 y 7\$/barril a los productos terminados, cuyos precios son los que cuentan a efectos económicos. Y aunque esto es coyuntural, pues se está construyendo y ampliando la capacidad de refino, la situación no podrá equilibrarse en al menos 18 ó 24 meses. En definitiva, a corto plazo los precios difícilmente bajarán y a medio plazo, aunque se produzca un respiro, una vez que las capacidades de producción y refino se incrementen, éste sólo será temporal, lo que significa que tendremos que acostumbrarnos a vivir con precios de petróleo superiores a lo que ha ocurrido en el pasado. Y todo esto es suponiendo que no se produzca ninguna gran interrupción en los suministros mundiales, consecuencia de una huelga, una guerra local o un atentado terrorista contra elementos claves del sistema de producción y carga, ya que si esto ocurriera el crudo podría dispararse a más de 80\$.

Llegados a este punto, parece necesario poner de manifiesto un hecho geoestratégico, que aunque conocido tiende frecuentemente a olvidarse, me refiero a que a día de hoy los 2/3 de las reservas mundiales se encuentran en Medio Oriente, algo que además se agravará en el futuro. Si estas reservas pasaran a ser controladas por regímenes hostiles a Occidente, no sólo seríamos rehenes de los mismos, sino que nuestra forma de vida e incluso nuestra civilización estarían seriamente amenazadas. En este sentido, el derrocamiento de Saddam Hussein ha sido un paso decisivo en la dirección correcta, ya que ha hecho cambiar de bando a Libia, ha alejado el peligro de un golpe fundamentalista en Arabia Saudí y ha neutralizado al Irán. Sin embargo, el mundo desarrollado debería dejar muy claro que está dispuesto a emplear todas sus capacidades militares y políticas en impedir que regímenes no

deseados tomen el control en la zona, algo que han hecho EEUU y Reino Unido, y que no han hecho Francia y Alemania por ejemplo.

Desde un punto de vista económico, y en contra de lo que habitualmente se supone, los precios del petróleo a nivel actual tienen un impacto más amplio y duradero sobre la inflación futura que sobre el crecimiento. En concreto, y para la zona euro, un incremento del 45% en los precios del petróleo, como se ha producido en 2004, reduce el crecimiento en 0,4 puntos el primer año y en 0,2 en el segundo, por el contrario incrementa la inflación en 0,5 puntos el primer año y en un 0,2% en cada uno de los 4 años siguientes. Por el contrario, la apreciación del euro en un 10% disminuye el crecimiento 0,7 puntos el primer año, un 0,9 en el segundo y en 0,5 y 0,2 respectivamente el tercer y cuarto año, es decir, un impacto muy superior. Sin embargo, si el precio del crudo superase ciertos límites, por ejemplo 70\$, la situación económica mundial derivaría en “stagflación”, es decir, estancamiento con inflación.

Por esta razón, resulta imperioso poner en marcha nuevas fuentes de energía, y en este sentido el gas natural aunque sin duda está llamado a cubrir un porcentaje superior de la demanda energética, dado que aunque sus reservas son similares a las del petróleo, su consumo es sólo la mitad, no es la solución adecuada, ya que sus precios están ligados a los del petróleo. La única alternativa real a día de hoy, a pesar de sus inconvenientes, es la energía nuclear, que no sólo es la fuente más barata de producción de electricidad, menos de la mitad, por ejemplo, del coste de un ciclo combinado de gas, es que además en un próximo futuro sería una fuente barata y efectiva de producción de hidrógeno a partir del agua, mediante electrolisis, para su empleo como carburante en sustitución de las gasolinas y los gasóleos. China, por ejemplo, va a construir 20 centrales nucleares de gran tamaño. El mundo cuenta con unos 20 años para reducir seriamente la dependencia del petróleo, lo que significa que el cambio tiene que empezar de inmediato, después será demasiado tarde.

Finalmente, en el caso de España, la escalada de los precios del petróleo convierte al sector energético en una auténtica prioridad, ya que el impacto de estas subidas es muy superior para nuestro país. Una política energética mal concebida y peor ejecutada puede llevar, como en el caso de España, a que nuestra dependencia energética exterior sea casi de un 80%, frente sólo a un 50% para la media de la UE, y esto en una situación de crisis y de precios bajos representa una diferencia muy seria para toda la economía, por ejemplo, la moratoria nuclear decidida a mediados de los años 80 por el gobierno socialista, aparte de paralizar cinco centrales de 1.000 MV que ya estaban casi terminadas y que tuvieron que ser desmanteladas, supuso el despilfarro de un 1 billón de las antiguas pesetas que se trasladaron después vía tarifas a los consumidores, lo verdaderamente grave es que ha supuesto un encarecimiento permanente del coste de producción eléctrica que a día de hoy es del 22% debido al precio de las energías que es necesario emplear para generar los 40.000 Gwh que estas centrales producirían hoy y que no producen. Adicionalmente, nuestra dependencia exterior se ha incrementado, también de forma permanente, en 4 puntos porcentuales.

A día de hoy, la propuesta realizada por el gobierno de cerrar las centrales de carbón para respetar el Protocolo de Kioto, centrales que producen 70.000 Gwh anuales, incrementaría nuestra independencia exterior en 7 puntos porcentuales y elevaría un 32% el coste de la

generación eléctrica. En definitiva, una política energética de uno u otro signo puede cambiar radicalmente el comportamiento de la economía de un país.

Por otro lado, los mercados energéticos en España están férreamente controlados por un oligopolio cuyo resultado práctico es que los precios al público antes de impuestos están, con raras excepciones debidas a presiones del Ejecutivo, por encima de la media de la UE y muy por encima de la de los países centrales como Gran Bretaña, Francia o Alemania, y lo que es mucho peor, muy por encima de algunos de los diez países que acaban de incorporarse y que van a disputarnos nuestros principales mercados exportadores y la reubicación de muchas de nuestras industrias.

En términos cuantitativos, desde la publicación del RD Ley de Intensificación de la competencia, de junio 2000, la disposición legal más importante en materia de liberalizaciones, se ha producido una fuerte concentración del poder monopolístico. En el sector petrolero, la cuota de mercado del oligopolio ha pasado del 76 al 87% en el mercado total, y en estaciones de servicio, la cuota de mercado se estima ha pasado del 84% al 89%, llegando al 95% en las grandes ciudades como Madrid o en la red de autovías y autopistas, concentración que se elevará aun más con la próxima salida de Shell de nuestro mercado. Adicionalmente, las concertaciones de precios han destruido prácticamente a todos los operadores independientes, por lo que la posibilidad de competencia ha desaparecido en la práctica. En el sector gasista, la cesión del 25% del gas argelino por Gas Natural, con un margen de un 80%, convierte al resto de operadores en menos meros revendedores sin posibilidad de competir, lo que en términos prácticos ha consolidado su poder monopolístico.

En el caso del sector eléctrico, la situación es más grave si cabe, ya que a la consolidación del oligopolio se añade una planificación disparatada, que está llevando los costes y la seguridad a niveles incompatibles con la competencia, y que va a producir un daño irreparable al crecimiento y al empleo, pues al contrario que las estructuras monopolísticas, la planificación una vez realizada ya no tiene solución. Además, si el gobierno quiere ser coherente, el mayor problema ecológico del planeta, ya que amenaza la vida de cientos de millones de seres, es el calentamiento global, por cuya razón la prioridad en la generación eléctrica debería ser reducir las emisiones de CO₂, lo que significa la no utilización del carbón y del gas natural, con lo que la única alternativa, pues no originan efecto invernadero, son la energía nuclear y las renovables, que además son complementarias.

La oposición a la energía nuclear, que es lo supuestamente progresista, deriva exclusivamente de la ignorancia de unos y la incompetencia de otros, unida a un sentimiento irracional similar al del hombre primitivo respecto del fuego. Así, la energía nuclear tiene muchos menos riesgos para el entorno y para el medioambiente que el gas natural y la eólica. Los terminales de gas licuado, de los que España tendrá más que toda la UE junta, y los metaneros que la transportan originarían una catástrofe incomparablemente mayor sobre el entorno, en caso de accidente o atentado terrorista, que una central nuclear. En EEUU, que va a tener que importar cantidades ingentes de gas licuado, las plantas se construyen en islas artificiales a 20 ó 30 Km de la costa, y en España las tenemos al lado de las ciudades. Y respecto a la eólica, ésta daña seriamente a los ecosistemas y al paisaje, y aniquila la vida animal en su entorno.

Y lo que resulta crucial, el Kwh. generado con gas licuado cuesta casi el doble (33 €/Mwh) del generado con nuclear (20 €/Mwh para centrales nuevas), y el eólico tres veces más (66 €/Mwh). La moratoria nuclear nos costó a los consumidores 1 billón de las antiguas pesetas, el valor total de las centrales pero sin que éstas fueran concluidas, y lo que es mucho más grave, ha elevado el precio de la electricidad generada en más de un 20% al tener que ser sustituidos 5.000 Mw. de potencia con un coste de 10 €/Mwh, por otras energías mucho más caras. Sólo la eólica eleva el coste de la energía generada en un 12%, y aporta el 4%. En comparación con nuestros principales competidores, los precios de la electricidad en el mercado mayorista, éstos son un 50% superiores a los de Francia y Alemania y un 40% a los del Reino Unido, y con la planificación en marcha y el cierre de las nucleares se irán a más del 100%. Este es el coste económico de la demagogia que sacará de competencia a nuestra economía, y enviará al paro a cientos de miles de trabajadores en los próximos años.

En definitiva, la actual escalada de los precios del petróleo y del gas natural son un serio aviso para nuestro gobierno, tanto por la amenaza que representa para nuestra estabilidad económica y nuestra seguridad un grado de dependencia exterior tan elevado, y que la nueva planificación energética elevará aun más, como por los diferenciales de precios con nuestros principales competidores, que han venido siendo junto con las subidas excesivas de salarios las razones principales del bajo crecimiento de nuestra productividad, el más reducido de todo el mundo desarrollado y la más seria amenaza para nuestro crecimiento futuro. En una perspectiva a diez años, es inconcebible que ni siquiera se plantee la opción nuclear, algo imprescindible tanto por costos como por seguridad. El ignorarlo nos lleva a una situación energética imposible, que en el mejor de los casos será un lastre a nuestra productividad y crecimiento, y en el peor, puede llevarnos al colapso.